

Félix de Azara: Itinerario intelectual de un funcionario singular

María Celeste Mazzola



BOLETÍN DE INVESTIGACIÓN Y DEBATE

Serie *Discursos Coloniales* N° 2
Catherine Poupény Hart (coord.)

Section d'Études hispaniques
Département de littératures et de langues modernes
Faculté des arts et des sciences
Université de Montréal

CAPÍTULO III

LA DIVERSIDAD DE MIRADAS

Más allá de la polifacética labor intelectual de Azara cuyos testimonios escritos ocupan, aún hoy, un destacado lugar en diversas áreas del conocimiento sudamericano y europeo, quisiéramos detenernos en su discurso para individualizar cada una de las múltiples posiciones desde las que este observador infatigable analiza la realidad que lo rodea y la plasma en sus textos.

El funcionario colonial

Partiendo de la propuesta, que Edward Said presenta en *Orientalismo*, de considerar el concepto de “Oriente” como una construcción de Occidente, otros representantes de los estudios postcoloniales han trasladado la misma reflexión a distintos territorios colonizados por las potencias europeas. Así surge la idea de que América no fue “descubierta” por el mundo occidental sino más bien “creada” por el discurso de los españoles, desde el mismo momento en que éstos llegaron a sus costas. El acto de apropiación y de representación del “resto del mundo” por parte de los enviados del imperio es, desde las primeras anotaciones registradas en el Diario de navegación de Cristóbal Colón, el producto de una construcción que se lleva a cabo a través de lo que Mary Louise Pratt denomina la “mirada imperial”. El protagonista principal en esta aventura de apropiación discursiva es el “veedor”, sujeto emisor de estos relatos (cartas, diarios, relaciones, crónicas, historias naturales, etc., dependiendo de las épocas, la finalidad de la escritura y las consignas gubernamentales) “cuyos ojos imperiales [...] observan y poseen” (Pratt, 1997: 27) para producir luego “el resto del mundo” (Pratt, 1997: 23) a través de un discurso estereotípico basado en una concepción del mundo europea, masculina y cristiana.

Para la autora de *Ojos imperiales*, en el transcurso de la prolongada práctica expansionista europea, la literatura de viajes y exploración no sólo produce el “resto del mundo” para los lectores europeos sino que, junto a este nuevo concepto, surgen también las “concepciones diferenciadas que Europa tuvo de sí misma” en relación (o más bien por oposición) con ese “resto del mundo” que ella misma modelara (Pratt, 1997: 23).

La literatura de viajes y exploración se constituye, por lo tanto, en el instrumento por excelencia para codificar y legitimar “las aspiraciones de expansión económica y construcción de

un imperio” (Pratt, 1997: 23). Esta tradición se inicia con la cartografía náutica, que es la primera en ejercer el poder de nombrar. Y es precisamente “en el nombrar donde confluyeron el proyecto geográfico y el religioso, ya que los emisarios reclamaban el mundo bautizando los accidentes geográficos y los hitos con nombres eurocristianos” (Pratt, 1997: 67).

Félix de Azara es miembro de una burocracia modernizada por la Corona borbónica y dispuesta a optimizar la reforma y racionalización de las colonias, a la que Vidal denomina “meritocracia de hombres nuevos” (Vidal, 1985: 151). Como tal, adopta con frecuencia el punto de vista de tantos funcionarios coloniales que visitaron el Nuevo Continente, en distintos momentos y con diversos propósitos. Él también examina el mundo americano que lo rodea con esa “mirada imperial” descrita por Pratt aunque nos inclinamos a creer que esta actitud es más acusada en los primeros tiempos, cuando no se ha familiarizado aún con el lugar donde se encuentra ni ha experimentado las numerosas desilusiones que el trato con las autoridades españolas del virreinato le proporcionarían en no pocas situaciones.

En reiteradas ocasiones, su escritura evidencia los deseos de optimizar su labor en beneficio de la administración imperial y su posterior desazón ante las trabas impuestas por el sistema o por los hombres. Su correspondencia personal, en especial, destila una gran amargura por la negligencia y corrupción que lo rodea y que causa perjuicio a los intereses de la Corona al mismo tiempo que impide el buen desenvolvimiento de sus propias actividades.

En una carta a su amigo y colaborador Pedro Cerviño¹⁴, fechada en Paraguay el 19 de diciembre de 1794, alude al poco cuidado con que se eligen las autoridades de los fuertes ubicados en la zona fronteriza, muchas de ellas “vendidas a los lusitanos”, diciendo:

La reflexión me hace ver una corrupción universal, y que ninguna Nación nos iguala en abandono, despilfarro, poca previsión y ninguna política. Dios nos ha dado a manos llenas y todo lo desperdiciamos por nuestra bestialidad, y ningún Patriotismo, ni principio del verdadero honor: Los rarísimos sujetos que piensan bien están arrinconados; y sin tener fuerzas para resistir la corrupción general son el objeto de la ira, murmuración y desprecio universal. (Azara, cit. en Mones y Klappenbach, 1997: 179)

También se lamenta porque los demarcadores anteriores no tomaron en serio su trabajo y “se dexaron llevar del deseo de adelantar en grados y satisfacciones y de regresar, más que de

¹⁴ Pedro Antonio Cerviño (Pontevedra, 1757 - Buenos Aires, 1816): ingeniero, topógrafo y cartógrafo español que llegó a Buenos Aires a los 25 años, en su función de ingeniero voluntario del ejército. Integró la comisión demarcadora de límites entre Portugal y España. A partir de 1783 comenzó sus viajes científicos, varios de ellos por encargo de Azara. Cuando este último regresó a su país, dejó al cuidado de Cerviño sus manuscritos, cartas geográficas y otros documentos.

aclarar las cosas [porque] ellos miraron las tierras que debían de marcar como inútiles y no consideraron que la posteridad había de juzgar de sus operaciones” (Azara, cit. en Mones y Klappenbach, 1997: 179). La ineficiencia y falta de rigurosidad de esos funcionarios contribuye a dificultar la demarcación actual.

En realidad, la tarea asignada a esta Expedición de Límites culmina también en un fracaso a pesar de que Azara, en lo que a su partida concierne, despliega todas sus energías para vencer la atmósfera de inacción que parece neutraliza cada intento de poner en marcha las actividades de delimitación. Sin embargo, y a pesar de la aparente ausencia de resultados, la demarcación de esa porción de la América española tiene inesperadas consecuencias: es el punto de partida para el proceso de “regionalización” sudamericana (Lucena Giraldo, 1998: 217).

En el aspecto científico, el estudio exhaustivo de la región permite acumular una gran cantidad de material cartográfico, geográfico, botánico, zoológico e histórico, que amplía considerablemente el conocimiento que de su propio suelo tenían los habitantes. Desde un enfoque espacial, las grandes regiones marginales y casi desconocidas del imperio se convierten en espacios de gran valor estratégico, económico y se occidentalizan mediante el poblamiento (Lucena Giraldo, 1998:219). Desde una perspectiva cultural, se transmiten nuevas imágenes que proponen la transformación del mundo bárbaro deshabitado en otro civilizado y próspero.

Azara, aunque ignorándolo, participa muy activamente a través de su extraordinario trabajo en este proceso de reconocimiento, revaloración y redistribución territorial, económico y cultural que serán las futuras bases de una redefinición identitaria. También, y de manera indirecta, contribuye a salvaguardar la integridad territorial de las futuras naciones, al dar a conocer las verdaderas características del territorio y confeccionar los mapas más exactos (y frecuentemente los primeros) frenando de ese modo la penetración portuguesa.

En este sentido, el primer aporte de Azara es el realizado a Paraguay, al ofrecer al Cabildo de Asunción, en 1793, el mapa de la región junto a una versión precursora de la *Descripción*. Además, su obra es fundamental para el conocimiento de la región del Río de la Plata, y sus representaciones culturales “fueron recogidas desde el momento mismo de su primera edición, en francés, por otros viajeros, cronistas y científicos que recorrieron el área y que apoyándose en Azara, iniciaron el proceso de autorización de sus representaciones” (Marre, 2000).

Evidentemente, Azara ni siquiera vislumbra que su denodada labor tendrá semejantes consecuencias, en un futuro todavía lejano. Por su parte, trata de beneficiar a su país, cumpliendo con gran cuidado las tareas que le son encomendadas y resolviendo otros problemas que descubre. Terminada su labor en Buenos Aires, las autoridades lo destinan a la Banda Oriental,

donde debe fundar pueblos en la línea de frontera que separa los dominios españoles y portugueses con el fin de evitar la infiltración lusitana. Allí se entera de que hay numerosas familias españolas que, veinte años antes, fueron traídas al Río de la Plata para poblar la costa patagónica y que el gobierno instaló “transitoriamente” en la zona costera. Azara resuelve poblar el territorio limítrofe con aquellas familias que se presten voluntariamente al traslado. De esta manera, logra la instalación definitiva de gran parte de los colonos españoles al mismo tiempo que exime al Tesoro Público de pagarles una pensión anual.

Félix de Azara, al igual que otros enviados de la Corona, tiene como encargo poner especial atención en todo lo que incremente la rentabilidad de los territorios coloniales. Por eso va señalando todas las ventajas e inconvenientes que observa, recurriendo a veces a comparaciones con Europa. Por ejemplo, explica que en sus viajes recorre vastas extensiones de llanuras donde constata que “las zonas anegadizas y de lagunas excluyen del cultivo unas extensiones de país mayores que muchos reinos de Europa” (Azara, *Descripción*: 18). Señala también que la horizontalidad del terreno dificulta el desagüe; es causa de que muchos ríos no sean navegables por su poca profundidad y de que haya “distancias muy grandes sin ríos, ni arroyos, ni fuentes.” (Azara, *Descripción*: 18). Explica que estos países llanos “no contienen minerales” (Azara, *Descripción*: 24) aunque en “las sierras llamadas de Santa Ana [...] en la provincia de Chiquitos hay probabilidades de que se encontraran minas de oro, y quizás de piedras preciosas, porque están cerca de las que poseen los portugueses en Matogroso y Cuiabá.” (Azara, *Descripción*: 25).

Se interesa por la red hidrográfica que irriga el suelo que explora y que puede convertirse en un importante medio de transporte para la región. Aclara que, como la gran extensión del país le impide describir todos los ríos que lo recorren, se limita a cartografiar y a informar sobre las condiciones de navegabilidad de los principales que forman la cuenca del Plata aunque algunos de los no mencionados “sean iguales y mayores que los más caudalosos de Europa”. (Azara, *Descripción*: 27). De entre todos ellos siente una especial atracción por el río Paraná pero señala que, “a pesar del grandísimo caudal de este río, no puede navegarse en toda su longitud, porque lo embarazan la violencia de su curso y principalmente sus saltos y arrecifes” (Azara, *Descripción*: 29).

Constata que, avanzando hacia el norte, se van haciendo más numerosos los bosques con “muchísimas especies de árboles, todas diferentes de las de Europa” y aunque todavía se ignora “la aplicación y usos que pueden darse a muchas de aquellas maderas, el tiempo los descubrirá”. Además, como “las maderas del Paraguay son más compactas, sólidas y vidriosas que las de Europa” porque se ha comprobado que “una embarcación construida de ellas dura triplicado tiempo” (Azara, *Descripción*: 44), él enumera las distintas especies que crecen en esa zona, las

características de cada madera y la utilidad a que podrían ser destinadas (Azara, *Descripción*: 45-46).

A veces Azara interrumpe su inventario para denunciar la desidia de ciertos organismos peninsulares que no ponen empeño en cumplir su cometido, explicando que existen también, en las regiones que él explora, hierbas medicinales, alguna conocidas y otras nuevas, con propiedades curativas comprobadas. Un ejemplo es el *aguarai bai* que crece en Misiones. Con sus hojas hervidas en vino se hace un jarabe que, bebido o aplicado externamente, soluciona los problemas más variados (heridas, dolores de estómago, de cabeza y de costado, cólicos, disentería, etc.). Y agrega:

Lo inventó el jesuita Segismundo Asperger que ejerció la medicina y botánica cuarenta años en Misiones. Allí practicó cuantos ensayos le parecieron con los indios, y de resultas, dejó escrito un recetario solo de los vegetales del país, que conservan algunos curanderos: si se examinase, tal vez se encontraría algún específico útil a la humanidad. [Sin embargo,] cada pueblo de Misiones, envía más de dos libras anualmente a la botica real de Madrid, sin que hasta hoy se haya publicado relación de sus virtudes. (Azara, *Descripción*: 52)

No sólo se limita Azara a considerar los productos que pueden ser explotados en América sino también los que pueden llevarse a la metrópoli. Uno de ellos es la mandioca que se cultiva mucho para elaborar pan y otros alimentos. Tratándose de un vegetal que prospera en zonas cálidas, “convendría probar su cultivo en Mallorca y en las provincias meridionales de España.” (Azara, *Descripción*: 59). También observa que algunas abejas pueden ser trasladadas a grandes distancias porque se logró traerlas de Tucumán a Buenos Aires, distante 150 leguas. Esta experiencia hace presumir que varias especies de abejas de América se podrían transportar a España (Azara, *Descripción*: 64).

Por último, algunas informaciones que Azara incluye en su texto tienen como objetivo atraer nuevos pobladores europeos a la región. Por eso afirma, por ejemplo, que “por lo relativo a la salud, puede tenerse por cierto que no hay en el mundo países más sanos que todos aquellos.” (Azara, *Descripción*: 14) o que “Mendoza y San Juan son dos ciudades de la falda de la cordillera de los Andes en la frontera de Chile, cuyos territorios son tal vez los más abundantes del mundo.” (Azara, *Descripción*: 58).

En los ejemplos citados hasta aquí, el discurso de Azara presenta una gran similitud con otros textos de la época que concentran la atención en la protección del territorio frente a otras potencias, la explotación de sus riquezas naturales, la adaptabilidad de ciertas especies animales o vegetales al medio ambiente español, el establecimiento de colonos europeos, etc.

Pratt utiliza el término “anticonquista” para identificar “las estrategias de representación por medio de las cuales los sujetos burgueses europeos tratan de declarar su inocencia en el mismo momento en que afirman la hegemonía europea” (Pratt, 1997: 27).

Y qué hace nuestro autor, sino aplicar dichas estrategias discursivas, cuando asegura que esos dominios tienen “el gobierno más suave del mundo” (Azara, cit. en Mones y Klappenbach, 1997: 186) o cuando responsabiliza a las ciudades de “engendrar la corrupción de las costumbres” porque es precisamente allí donde existe “aquel aborrecimiento que los criollos o españoles nacidos en América profesan a todo europeo y a su metrópoli [sin valorar] sus muchas ventajas sobre los europeos; pues su país les franquea libertad, igualdad, facilidad de ganar dinero de muchos modos, y aun de comer casi sin trabajo ni costo” (Azara, *Descripción*: 196). Emplea el mismo recurso, cuando explica y, peor aún justifica, los regímenes de explotación y servidumbre a los que eran sometidas las poblaciones autóctonas, como fueron la encomienda, la mita y el yanaconazgo (Azara, *Descripción*: 165-167) o cuando, ante la evidente disminución de la población aborígena, aduce que los primeros padrones registraban un número de “indios sometidos” menor que el actual, lo que indica que “no los han exterminado la avaricia y crueldad españolas” (Azara, *Descripción*: 9); también cuando considera que la convivencia de criollos y aborígenes con los europeos puede civilizarlos, como se deduce del informe redactado por el virrey, marqués de Avilés¹⁵, en el que explica que Azara, luego de fundar Batoví, está poblando la futura villa de Esperanza con blancos e “indios libres que pasaron a agregarse, teniendo todos sus correspondientes suertes de tierras” (González, 1943: LXXII). El virrey agrega que:

[...] siendo nuestros pobladores casi bárbaros, o muy mal habituados, ha tenido por conveniente el señor Azara, admitir entre ellos algunas familias portuguesas honradas, laboriosas y de mejores costumbres, para que a su ejemplo o por emulación se hagan de mejor conducta. (González, 1943: LXXII)

Sin embargo, y aunque estamos explorando su perfil más previsible, encontramos en Azara, funcionario del imperio, ciertas actitudes que se apartan de las prácticas establecidas hasta entonces como sucede cuando no duda en recibir en sus poblaciones a los indígenas que quieran

¹⁵ Marqués Gabriel de Avilés (Oviedo, 1730 – Valparaíso, 1810): pasó la mayor parte de su vida en América del Sur, desempeñando cargos militares y administrativos en Perú, Chile y Buenos Aires. Fue virrey de Buenos Aires desde el 14 de marzo de 1799 hasta el 20 de mayo de 1801 cuando entregó el mando a su sucesor, Joaquín del Pino, para asumir el cargo de virrey del Perú. El texto al que hacemos referencia es un documento que contiene la relación que el virrey hizo de su gobierno, fechado el 20 de mayo de 1801. Este informe, remitido al rey por el marqués de Avilés al término de su mandato, se conserva en el Real y Supremo Consejo de Indias (*Viajes*, vol.I, 32-35).

habitarlas, cuando designa animales y plantas con sus nombres aborígenes o prefiere las voces autóctonas a las españolas para referirse a una localidad.

Cómo acabamos de ver en el informe del marqués de Avilés, Azara acoge a los “indios libres” que quieren habitar el pueblo, dispensándoles el mismo tratamiento que a los demás colonos y ésta no es una conducta extraordinaria en nuestro colonizador. Encontramos otro ejemplo en el informe que presentara al virrey al cabo de su misión en la frontera sur de Buenos Aires en el que, al proponer la ubicación de los pueblos que se construirán en las tierras conseguidas, insinúa:

Igualmente señalaría tierras, sin precisarle a vivir en la villa, al cacique pampa Miguel Yatigué con su familia, que hace 8 años que vive en Chascomús, donde quiere acabar sus días, y lo mismo digo de cualquier indio que desee vivir entre nosotros, aunque no quiera ser católico. (Azara, *Memoria*: 175-176)

Es importante notar que Azara está dispuesto a acoger a los aborígenes que quieran vivir en las poblaciones habitadas por blancos, sin imponerles vivir en ellas y además, sin condicionar su aceptación a la conversión religiosa.

La actitud de Azara, en estas circunstancias, es bastante novedosa si tenemos en cuenta que, por lo que se puede deducir de los capítulos XVI y XVII de la *Descripción*, los aborígenes y los miembros de otras castas habitaban en sus propios pueblos (Azara, *Descripción*: 207-230). En estos capítulos, dedicados a dar una “breve noticia” sobre los pueblos y parroquias existentes en los gobiernos de Paraguay y de Buenos Aires, el autor especifica (entre otros datos) quiénes residen en ellos. Explica, por ejemplo, que en el gobierno de Paraguay, además de las ciudades principales, hay “treinta y cuatro parroquias de españoles” (Azara, *Descripción*: 208), que el pueblo de *Ytá* “se compone de indios guaraníes” (Azara, *Descripción*: 209) o que el de *Tabapí o Acaai* “se compone de trescientos treinta y ocho mestizos y mulatos libres” (Azara, *Descripción*: 210), que San Jerónimo “es de indios abipones” y San Francisco Javier de “indios mocobis”, estos dos últimos, en el “gobierno de Buenos Aires” (Azara, *Descripción*: 226).

El hecho de que los habitantes de un pueblo pertenezcan todos a la misma etnia o casta se explica por los procedimientos y motivos que guiaban las fundaciones. Acerca del pueblo de Emboscada, Azara dice que:

El gobernador don Rafael de la Moneda sacó de las casas españolas donde estaban en amparo una porción de negros y mulatos; con ellos formó este pueblo para que fuese antemural contra las invasiones de los albayas. (Azara, *Descripción*: 215)

O de *Caiastá* :

Una tropa española que sorprendió una porción de indios charrúas y minuanes, los expatrió y formó con ellos este pueblo. (Azara, *Descripción*: 215)

Muchos de estos pueblos eran erigidos por los jesuitas para proteger a los indígenas de las persecuciones de los portugueses, pero muchos otros eran creados por iniciativa y en beneficio de los españoles que, de esa manera, obtenían mano de obra casi gratuita. Azara lo señala refiriéndose a la fundación de Loreto, en esta cita, y lo reitera en numerosas fundaciones:

Se fundó este pueblo, el siguiente y once más junto al río Paranapané de la provincia del Guairá. Se repartieron sus indios guaraníes en Encomiendas. (Azara, *Descripción*: 214)

Otra actitud que establece un contraste entre Azara, capitán de fragata de la marina española, y otros marinos y funcionarios, reside en su elección de designar a las especies animales y vegetales, desconocidas para él, con los nombres en lenguas autóctonas. Esta innovación es una de las causas por las que sus primeros envíos de aves y animales no fueran valorados en su patria. Aunque también es cierto que, mucho más tarde, su preservación del lenguaje que se usaba en esa porción del mundo americano, lo convertiría en una referencia lexicográfica para Paraguay y el Río de la Plata.

En *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos...*, presenta cada ejemplar con un número y su nombre guaraní, agregando, a continuación, otros nombres que lo identifican:

Nº 1. *Mborebí*: Así lo llaman los Guaraníes; estos Españoles *Gran bestia* y los Portugueses *Anta* (Azara, *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos*: 1).

Nº 10. *Yaguareté*: le llamaban *yaguá* los Guaraníes, pero como aplicasen este nombre al perro cuando le trajeron los Españoles, se lo mudaron [...] llamándole *Yaguareté*. Algunos Guaraníes le denominan *Yaguá-pará* (*Yaguá* manchado); estos Españoles *Tigre*; y los Portugueses *onza pintada*. (Azara, *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos*: 91-92)

Algunos de los animales catalogados por Azara han conservado su nombre autóctono, como en el caso del *Yaguareté*, mientras que otros fueron rebautizados, como el *mborebí*, que se conoce actualmente como tapir, por ser el nombre con que los miembros de la expedición de La Condamine habían catalogado un ejemplar observado en Brasil (Azara, *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos*: 7).

En cuanto a las aves, como Azara “les dio los nombres vulgares”, con las que eran conocidas por “los indígenas y algunos españoles”, posteriormente el ornitólogo Vieillot “las ordenó y les dio el verdadero nombre científico aplicando la nomenclatura de Linneo” y creando nuevos géneros en base a las descripciones realizadas por Azara (Pereyra, 1945:13).

Al escribir, Azara es consciente de estar representando un mundo desconocido para sus lectores europeos (e incluso para los de otras regiones del continente). Por eso, y como lo señala la lingüista Ursula Kühl de Mones, no usa directamente las voces americanas, sino que, “con una conciencia lingüística aguda, las explica y define” antes de emplearlas en su texto (Kühl de Mones, 1997: 61). Según ella, Azara se vale de tres procedimientos diferentes, para explicar las palabras desconocidas:

- utiliza el verbo “ser” para introducir una definición descriptiva:

Bolas: “[...] son tres piedras redondas como el puño, forradas separadamente con piel de vaca o caballo, y unidas las tres a un punto o centro común por cordones de piel gruesos como el dedo, y largos cinco palmos. Toman con la mano la una, que es algo menor, y haciendo girar las dos restantes sobre la cabeza hasta tomar violencia, despiden las tres, [...] y matan del golpe o se enredan en las piernas, cuello o cuerpo del hombre o animal sin permitirle escape ni defensa” (Azara, *Descripción*: 118).

- recurre a un sinónimo:

Bombero: “algunos *bomberos* o exploradores” (Azara, *Descripción*: 102).

- o emplea formas metalingüísticas como “llaman”, “se llama”, “se da el nombre”, “usan el nombre”, etc.:

Toldo: “[...] por allá llaman *toldo* a la casa o habitación del indio silvestre” (Azara, *Descripción*: 105).

Como ha observado Ursula Kühl, Azara también registra distintas variantes para designar una misma realidad, no contentándose únicamente con el término español (1997: 62-63). Estas variantes pueden ser regionales:

Guirapíta, churrinche: “los Güaranís le llaman *Guirapíta* (pájaro roxo), y en Buenos Ayres Churrinche” (Azara, cit. en Kühl de Mones, 1997: 62).

o propias de un grupo de hablantes:

Indios pampas: “Así llaman los españoles a esta nación porque vive errante en las Pampas o grandes llanuras entre los treinta y seis y treinta y nueve grados de latitud, pero los conquistadores del país los llamaron *querandís*. Ellos mismos se llaman *puelches*, y aun de otros modos, porque cada trozo de su nación lleva su nombre” (Azara, *Descripción*: 113).

En ciertas oportunidades, repara en que los españoles “aplican voces peninsulares a fenómenos americanos” (Kühl de Mones, 1997: 63) que guardan semejanzas con otros conocidos en Europa. Para evitar confusiones, Azara hace la correspondiente aclaración:

Quiyá: “los Españoles la llaman Nutria; pero no lo es, ni de su familia” (Azara, cit. en Kühl de Mones, 1997: 63).

Sucedee, a veces, que ni siquiera los habitantes del lugar tienen un nombre apropiado para designar lo que Azara quiere describir (Kühl de Mones, 1997: 63). Sólo entonces él lo bautiza con el nombre que considera adecuado:

Espátula: “Aunque en realidad no tiene nombre propio, algunos Guaranís le llaman *Güirápitá* (ave roxa), y otros *Güiratí* (ave blanca). Yo le doy el nombre con relación a su pico” (Azara, cit. en Kühl de Mones, 1997: 64).

Por la meticulosidad y didactismo con que este autor recupera y explica el vocabulario rioplatense, “Azara con su *Descripción*, ha sido incluido por la Real Academia Española en el Catálogo de los escritores que pueden servir de autoridad en el uso de los vocablos y de las frases de la lengua castellana” (Granada, cit. en Mones y Klappenbach, 1997: 64)

Otro ejemplo de la perspectiva poco convencional de Azara que se traduce en su uso de la lengua está en que siempre que alude a la población fundada por él en la frontera norte de la Banda Oriental, la llama “Batoví”, aunque sabemos que la bautizó como San Gabriel de Batoví porque el virrey firmó el decreto un 18 de mayo, fecha en que la Iglesia conmemora al arcángel Gabriel (Azara, *Memoria*: 1-25). En lugar del nombre eurocristiano, él prefiere utilizar la voz guaraní.

Como podemos constatar en las situaciones antes descritas, Azara no parece estar guiado por la aspiración de nombrar para tomar posesión en nombre de la Corona, utilizando ese medio como una fuente de poder, sino más bien por la de conservar todo (incluso la lengua) lo más intacto posible, limitando su intervención a lo estrictamente necesario.

El naturalista aficionado

Mary Louise Pratt considera que, en la primera mitad del siglo XVIII, tienen lugar ciertos hechos que producen un cambio trascendente en la concepción que Europa tenía de sí misma y de sus relaciones con el resto del mundo. El primero de ellos es la publicación de *Sistema Naturae* (en 1735) de Carl Linneo, en el que el naturalista sueco propone un sistema de clasificación que permitía categorizar todos los vegetales del planeta, aún los que eran desconocidos para la ciencia de la época. El segundo es la organización, también en 1735, de la primera expedición científica europea, un emprendimiento conjunto que pretendía determinar la forma exacta de la Tierra (Pratt, 1997: 38).

La importancia de la expedición de La Condamine, ya que de ella se trata, reside en el hecho de haber dado a conocer “otras partes del mundo” al imaginario europeo (Pratt, 1997:43) originando una nueva “conciencia planetaria” (Pratt, 1997: 61). A partir de este viaje, las expediciones adoptarán “una nueva orientación hacia la exploración y documentación de las tierras interiores continentales” en contraste con las expediciones marítimas, que durante trescientos años exploraran únicamente las costas del mundo (Pratt, 1997: 51). Además, y a partir de ese momento, la historia natural será el modelo discursivo por excelencia utilizado para construir y vehicular un paradigma de significación globalizado (Pratt, 1997:52), introduciendo un cambio trascendente tanto en los viajes como en la literatura que de ellos emana. A partir de ese momento, el interés por la recolección, denominación e inventario de nuevas especies así como el reconocimiento de los ejemplares ya conocidos, formará parte de todas las expediciones, ocupará a todos los viajeros y será incluida en todos los relatos de viajes.

El interés y sistematización en el ordenamiento de especies naturales que se generaliza en estos momentos, no excluye la larga tradición hispana de inventario de la naturaleza que se inicia con Cristóbal Colón y su construcción de América como cornucopia paradisíaca. El descubrimiento de las Indias genera, desde el comienzo, una enorme cantidad de documentos de todo tipo (cartas, órdenes, provisiones, cédulas, relaciones, etc.) relacionados con el hallazgo, administración y control de las nuevas tierras, entre los que se elaboraron instrucciones (práctica común en la Europa del siglo XVI) “que indicaban, a navegantes y descubridores, los aspectos esenciales en que debían fijarse cuando realizaban sus viajes” (Álvarez Peláez, 1993: 144). El sistema de instrucciones, cuestionarios y memorias adquiere mayor automatización y complejidad con el transcurso del tiempo (Álvarez Peláez, 1993: 145), ya que continúa siendo una técnica documental muy utilizada en los siglos siguientes, para organizar las informaciones que se

querían obtener, cualquiera fuese el campo de conocimiento: religioso, político, social o relativo a la historia natural (Álvarez Peláez, 1993: 146).

Como hemos visto, la expedición de Azara no es ajena a esta realidad. Sus miembros, a pesar de estar asignados a una misión militar y diplomática muy importante tienen, entre sus instrucciones, la de contribuir al conocimiento de la historia natural del virreinato. Encontramos la explicación de dichas órdenes en los principios científicos de la Ilustración y el Despotismo Ilustrado que sustentaban la instrucción y la actividad burocrática basándose en “la convicción de que las leyes para la buena administración de la sociedad estaban en el libro sagrado de la naturaleza y ellas se obtienen mediante la observación directa de sus procesos, no de la lógica deductiva de los libros autoritarios del escolasticismo” (Vidal, 1985: 151).

El cúmulo de datos obtenidos como resultado de las actividades de observación del medio natural requiere de métodos que permitan su ordenamiento. El sistema de Linneo es sólo uno de los “esquemas de clasificación totalizadores que se fundieron a mediados del siglo XVIII para formar la disciplina llamada ‘historia natural’” (Pratt, 1997: 58). Casi al mismo tiempo que la versión de Linneo, surgen la *Histoire naturelle* de Buffon, que empezó a aparecer en 1749, o la *Familles des plantes* publicada por Adanson¹⁶, en 1763. Aunque estos escritores proponían sistemas que diferían del formulado por Linneo en aspectos fundamentales, todos contribuyeron al “proyecto totalizador de clasificación que distingue a este período” (Pratt, 1997: 58).

Félix de Azara, “demuestra participar del espíritu ilustrado del siglo, ansioso por racionalizar su entorno mediante la observación empírica” (Ocampos Caballero, 1999: 121). Dado el nivel alcanzado por los trabajos de Azara, es importante observar las circunstancias bajo las cuales estos fueron realizados.

Debiendo superar sus escasos conocimientos en ciencias naturales, recorrer kilómetros de selvas y esteros, ríos, sierras y llanuras, enfrentar peligros y dificultades de todo orden, pero guiado por una gran perspicacia y un incomparable poder de observación, logra reunir el corpus de conocimientos más completos sobre la flora y fauna de la región, especialmente sobre los mamíferos y las aves.

No caben dudas de la soledad y aislamiento experimentados por nuestro naturalista circunstancial, especialmente en los años paraguayos, en los que efectúa su tarea taxonómica, a pesar de la oposición de Glick & Quinlan a este argumento (1975). Prueba de ello es que recibe

¹⁶ Michel Adanson (Aix-en-Provence, 1727 - París, 1806): en 1748, este naturalista francés emprende un viaje a Senegal del que regresa con una inmensa colección de animales y plantas que le permiten publicar, en 1757, su *Histoire naturelle du Sénégal*. En 1763 publica *Familles de plantes* que propone una nueva nomenclatura y un método de clasificación que él considera “natural”, en contraposición a los “artificiales” de Linneo, Tournefort o John Ray.

su única fuente bibliográfica casi 15 años después de su llegada al Río de la Plata. Entre tanto, el Padre Pedro Blas Nosedá, sacerdote de la antigua misión jesuítica San Ignacio Guazú, fue su interlocutor casi exclusivo y gran colaborador en materia de aves y cuadrúpedos, aunque no fue él quien infundió a Azara el interés por los pájaros, como afirman Glick & Quinlan (1975:71), sino Azara quien, animado por el interés que Nosedá demostraba, le enseña su método de examen y clasificación de aves (no antes de 1788), basándose en el cual el sacerdote describe 70 pájaros de los cuales sólo 10 eran nuevos para Azara. Nuestro autor utiliza las descripciones hechas por Nosedá de estos 10 pájaros y de otras 5 aves que conocía pero no había descrito aún (Beddall, 1983: 230).

Evidentemente, Azara desea sistematizar sus observaciones siguiendo un método reconocido por los círculos científicos europeos. Prueban su intención el interés por consultar la obra del conde de Buffon y la posterior reestructuración de sus textos en base al método utilizado por el reconocido naturalista francés; el haber aceptado la oferta de Antonio de Pineda, naturalista principal de la expedición Malaspina, para completar su obra zoológica usando la nomenclatura binomial de Linneo (lo que no llega a concretarse) o, mucho más tarde, el comparar sus animales con los expuestos en los museos europeos para confirmar sus juicios.

La carencia de una estructura científica donde apoyar sus investigaciones naturalistas no le impide recopilar unos conocimientos empíricos que atraviesan las fronteras de la Ilustración constituyéndose en fuente insoslayable para los científicos europeos del siglo XIX entre los que destacan D'Orbigny¹⁷, Darwin¹⁸ y Burmeister¹⁹, entre muchos otros.

Álvarez López ha observado que, mientras Darwin cita repetidamente a Azara en su *Viaje de un naturalista alrededor del Mundo*, alude a él con mucha menor frecuencia en *El origen de las especies* y hasta “parece ignorar u omitir deliberadamente las coincidencias de éste con sus puntos de vista fundamentales” (1935: 78). Aunque, como señala este autor, Darwin pretenda, a veces, que la influencia de las ideas de Azara en sus reflexiones sobre las especies pase inadvertida, no es menos cierto que suele introducir sus referencias a nuestro autor con frases elogiosas como: “To these observations I may add, on the high authority of Azara [...]” (Darwin,

¹⁷ Alcide Charles Victor Marie Dessalines D'Orbigny (Couëron, 1802 – Pierrefitte-sur-Seine, 1857): naturalista y viajero francés, célebre por su obra *Voyage dans l'Amérique méridionale*, en nueve volúmenes y por sus trabajos sobre paleontología.

¹⁸ Charles Robert Darwin (Shrewsbury, 1802 – Down, 1889): destacado naturalista y viajero inglés que sentó las bases de la moderna teoría evolutiva, al plantear el concepto de que todas las formas de vida se han desarrollado a través de un lento proceso de selección natural.

¹⁹ Karl Hermann Konrad Burmeister (Stralsund, 1807 – Buenos Aires, 1892): reconocido científico y viajero alemán, discípulo de Humboldt, que realizó importantes investigaciones sobre zoología, paleontología y geología, tanto en Europa como en América. En 1850 visita Brasil y entre 1856 y 1860 recorre Argentina, Uruguay y Chile para establecerse finalmente en Argentina y aceptar el cargo de director del Museo de Buenos Aires.

cit. en Mones y Klappenbach: 38 / Marre, 2000); también “Azara [...] is generally esteemed as an accurate observer” o “Still less can I doubt the account given by Azara of its general habits of life [...]” (Darwin, cit. en Mones y Klappenbach: 38).²⁰

Por su parte, tanto Burmeister como Alcide D’Orbigny recurren frecuentemente a la autoridad de Azara para reforzar sus enunciados, confiados en la veracidad del naturalista aragonés. D’Orbigny da prueba de la significación y la exactitud de la obra de Azara, diciendo:

[...] le Voyage de Don Félix D’Azara dans l’Amérique méridionale fixe naturellement notre attention, et nous donna l’idée la plus favorable de la rectitude de jugement et de la bonne foi de son auteur. Longtemps avant de notre départ pour l’Amérique, nous avions beaucoup étudié Félix de Azara ; et quand, plus tard, notre destinée nous entraîna sur le théâtre même de ses observations, notre premier soin fut de vérifier, le livre d’Azara à la main, toutes ses allégations, dont plusieurs, en Europe, étaient regardées comme fabuleuses. Ayant toujours considéré cet écrivain comme un observateur aussi exact que consciencieux de tous les animaux qu’il a vus, nous reconnûmes bientôt, non sans une secrète jouissance d’amour propre, que nous ne nous en étions pas le moins du monde exagéré le mérite ; plus particulièrement en ce qui concerne ses remarques sur les mœurs et sur les habitudes des animaux, ainsi que les parties secondaires de ses groupes. C’est une justice qui lui est due ; justice que, bien que tardive, doit le replacer au rang des observateurs les plus distingués. (D’Orbigny, cit. en Mones y Klappenbach : 37)

La guía que le proporciona la *Histoire naturelle* de Buffon no le impide conservar su independencia intelectual. A medida que Azara va conformando su propia estructura científica, basada en la observación y posterior reflexión sobre los fenómenos observados, comienza a poner en duda las teorías que sustentaban la labor de Buffon y los demás naturalistas de la época.

Siguiendo la idea directriz del siglo XVIII, Azara parte de la teoría creacionista por la que el universo tuvo su origen en un acto divino del que surgieron todos los elementos que lo componen. Sin embargo, sus estudios de los seres vivos lo llevan a creer que eso es válido únicamente para la materia inanimada pero que la fauna es producto de una “creación instantánea” y “múltiple”, en la que parejas iguales fueron colocadas en distintos parajes del mundo (Azara, *Viajes*, Vol. I: 222) ya que, por causas diversas que él expone, muchas de ellas no pudieron originarse en el Viejo Mundo y colonizar luego el continente americano. Además, basándose en los hábitos alimenticios de los animales, esboza la teoría de las “creaciones sucesivas” porque,

²⁰ “A estas observaciones debo añadir, sobre la base de la alta autoridad de Azara [...]”, también “Azara es por todos estimado como un agudo observador [...]” o “Menos aún puedo dudar de la información dada por Azara sobre sus hábitos generales de vida [...]”.

[...] si la creación que concierne a la zoología hubiera sido instantánea y de una sola pareja de cada especie, ¿quién hubiera podido proveer y alimentar a las que no viven más que a expensas de otras? Se hubieran muerto de hambre o hubieran exterminado a las que les sirven de alimento. (Azara, *Viajes*, Vol. I: 221)

Azara da respuesta a este interrogante diciendo que:

[...] el hombre, el jagueté, el león, el tigre, etc., habrían sido creados posteriormente, después de un lapso de años y aún de siglos, indispensables para que las especies destinadas a ser sacrificadas hubieran podido multiplicarse en suficiente número para alimentar a las otras. (Azara, *Viajes*, Vol. I: 222)

La misma ideología sostiene que las especies se han mantenido inalterables desde su origen. Sin embargo, Azara no está totalmente de acuerdo con un modelo biológico fijista que no puede explicar la existencia de “variaciones” de color, forma, dimensión y otras características que le han generado no pocas dudas en el momento de determinar a qué especie pertenecía el ejemplar estudiado. Él interpreta que la “creación sucesiva” es un proceso continuo, gracias al cual, “la Naturaleza produce todos los días nuevos tipos de especies ya conocidas” (Azara, *Viajes*, Vol. I: 135).

Esta actividad constante de la Naturaleza “explicaría la aparición y multiplicación anormal de ciertas especies, conectando directamente con ese mundo casi mágico conformado por la generación espontánea” (Galera Gómez, 1990: 23), rechazada por algunos ilustrados y adoptada por otros, como en el caso de Buffon. Azara, siguiendo a este último, “hace responsable a la creación diaria de acontecimientos tan diversos y diferentes como el nacimiento de especímenes vegetales parásitos en formaciones arbóreas nuevas, las modificaciones faunísticas y florales promovidas por la invasión humana, el brote de plagas y la propia generación espontánea” (Galera Gómez, 1990: 23).

Nuestro autor, al explicar el origen de las especies combinando sus conceptos de “creación sucesiva con la multiplicidad de tipos o parejas en cada especie”, en base a lo que “la existencia local de los insectos, de las aves y de los cuadrúpedos parecen indicar” (Azara, *Viajes*, Vol. I: 222), esboza una “teoría controvertida que intenta explicar el génesis de la vida uniendo el dogma religioso junto a unos hechos empíricos a los que, como buen ilustrado, no está dispuesto a renunciar” (Galera Gómez, 1990: 23). La teoría azariana, aunque con evidentes errores, significa un importante avance sobre el modelo creacionista que no permitía explicar las alteraciones que se producían en la naturaleza. Su deseo de conciliar ciencia y religión le impide avanzar hacia los mecanismos de selección natural y evolucionismo pero, al hacer públicas las

constataciones que surgen de su trabajo de terreno, y que contradicen las teorías vigentes, contribuye a “[...] destruir errores, despertar la atención de los sabios y excitarlos a esclarecer la verdad [...]” (Azara, *Viajes*, Vol. I: 159), motivaciones que él ha identificado, en otras circunstancias, como motores de su labor botánica y zoológica.

Regresando a Mary Louise Pratt, ella señala que “con el establecimiento del proyecto global de clasificación, la observación y catalogación de la naturaleza se tornó narrable” (Pratt, 1997: 58). Además, junto a la posibilidad de utilizar la naturaleza como trama argumental, se afianza el modelo discursivo cuya fuerza ideológica ha perdurado hasta hoy: una narrativa de “anticonquista”, a la que nos hemos referido con anterioridad, y en la que “el naturalista naturaliza la presencia y la autoridad globales de la Europa burguesa” (Pratt, 1997: 58).

Para algunos autores, es el método de trabajo que aplica la historia natural el que contribuye a afianzar el proyecto imperialista de Europa. Ésta no se contenta con describir el planeta tal como lo ve porque considera que las distintas especies que lo habitan han sido colocadas en el mundo de manera anárquica. Michel Foucault cree que, justamente, la historia natural tiene su origen en la necesidad de ordenar una naturaleza que se presenta ante nuestros ojos, “à la fois déchiqueté [...] et brouillé, puisque l’espace réel, géographique et terrestre, où nous nous trouvons, nous montre les êtres enchevêtrés les uns avec les autres, dans un ordre qui, par rapport à la grande nappe des *taxinomies*, n’est rien de plus que hasard, désordre ou perturbation” (2002 : 161)

Por eso, los sistemas clasificatorios del siglo XVIII emprenden la tarea de redistribuir a todas las especies del planeta, sacándolas de su enmarañado hábitat para colocarlas “en un sitio adecuado dentro del sistema (el orden: libro, colección o jardín) con su nuevo nombre europeo, secular y escrito” (Pratt, 1997: 64). Y aunque la historia natural no pueda considerarse expresamente transformadora porque no se propone cambiarle nada al mundo, Pratt afirma que “el acto de nombrar de la historia natural es más directamente transformador [que el de la literatura de viajes y exploración], porque saca a todas las cosas del mundo y las reorganiza dentro de una nueva formación de pensamiento cuyo valor radica, precisamente, en ser diferente del caótico original. Aquí el nombrar, el representar y el reclamar son una sola cosa; el acto de nombrar produce la realidad del orden” (Pratt, 1997: 67-68).

Nuestro naturalista original, como él suele definirse, se destaca de sus contemporáneos, además de por la extrema meticulosidad de sus descripciones, por la atención que presta al hábitat en que se desarrollan los ejemplares que estudia. Clasifica y ordena sus especies cuidando, al

mismo tiempo, de dejar constancia de la posición geográfica que ocupan, del medio ambiente en que se desarrollan, y de sus costumbres e interacciones, en el caso de los animales.

A veces indica la ubicación geográfica de un tipo de vegetación diciendo, por ejemplo, que:

Todos los bosques que hay desde el Río de la Plata hasta Misiones, están en las orillas de los ríos y arroyos, donde la población los va exterminando; pero en las citadas Misiones y en seguida hacia el Norte del Paraguay, se encuentran ya bosques muy grandes con árboles muy diferentes de los citados; y no solo en los arroyos y ríos sino también en lomas y serrezuelas. (Azara, *Descripción*: 43)

O se refiere a una especie, en particular, como en el caso de:

[...] los cedros del monte grande entre los 29 y 30 grados de latitud, aunque criados en tierras alomadas, no tienen la fortaleza y duración que los cedros del Paraguay. (Azara, *Descripción*: 44)

Cuando describe a los animales, agrega informaciones sobre sus costumbres. En esta cita, nos informa que:

El *curuyú* es un culebrón que asusta, torpe en tierra, no en el agua, bobo, que no muerde, y que habita en los ríos y lagos o sus inmediaciones, sin pasar, que yo sepa, al Sur de los 31 grados de latitud. Dicen que sube por el timón a las embarcaciones a comerse las gallinas y la galleta, y que por el olfato sigue los barcos: más lo que yo creo comerá principalmente, son pescados, apereás y acaso pequeñas nutrias, quiyás y capibaras, porque son los manjares que tiene más a la mano. Cuando está satisfecho, suele subirse a un arbusto, y colgándose por la mitad de cada lado de una rama, toma el sol durmiendo. El mayor que he visto sería del grueso de una pantorrilla delgada y larga como cuatro varas, bien manchado de blanco amarillazo y de negro... (Azara, *Descripción*: 85)

En la mayoría de los casos, también menciona el modo de reproducción de la especie y el número de hijos que suelen tener, lo que no encontramos en la descripción del *curuyú* porque ya lo ha mencionado en párrafos anteriores, al comparar a las culebras con las víboras.

Toda su obra evidencia la importancia que Azara adjudica a la distribución geográfica de las especies vegetales o animales que forman su colección, como consecuencia, quizás, de su capacitación como geógrafo. Por esta constante preocupación, presente en su experiencia directa sobre el terreno tanto como en sus sorprendentes conjeturas, puede considerarse que Azara, con sus limitados conocimientos biológicos y sin proponérselo, se erige en “verdadero precursor de la biogeografía, tal como la concebimos hoy” (Vergara, 2001).

El antropólogo

No sólo la flora y la fauna de estas tierras tan poco exploradas por los europeos cautivan la atención de Azara. Llevado por su espíritu investigador y por una particular curiosidad sobre el tema, Azara comienza a tomar notas, en su diario de viajes, sobre los habitantes autóctonos del Río de la Plata. Las mismas irán adquiriendo importancia y volumen hasta convertirse en un aporte sin precedentes a la antropología y etnología de la región.

Alabando su tarea antropológica, el reconocido naturalista y viajero alemán, Karl Burmeister señala que “la description la plus détaillée des nations indiennes qui habitent la République Argentine et le Paraguay, se trouve dans le *Voyage* de Félix Azara [...] et surtout dans son *Historia del Paraguay* [se refiere a la *Descripción*]” (Burmeister, cit. en Mones y Klappenbach, 1997 :59-60).

Por su parte, Alcide D’Orbigny, otro importante naturalista y viajero francés, que a principios del siglo XIX, recorre las tierras del que fuera el Virreinato del Río de la Plata, destaca la escasez de informaciones disponibles sobre el cono sur, declarando que “...tout le reste de ce vaste continent [Amérique du Sud] et surtout les parties australes, restait presque entièrement inconnus sous ce rapport; car Azara, le seul auteur qui en eût parlé comme observateur, n’a décrit que les naturels du Paraguay ou du voisinage de cette contrée...” (D’Orbigny, cit. en Mones y Klappenbach, 1997 :60).

En la *Descripción*, Félix de Azara dedica el capítulo X a enumerar 38 “naciones” autóctonas diferentes que pueblan la porción del virreinato explorada en sus viajes, y a tratar distintos aspectos que caracterizan a cada grupo. Informa sobre la situación geográfica que ocupan (y si se trasladaron de su región originaria por enfrentamientos con los españoles, portugueses u otras tribus), el número y aspecto físico de los individuos que lo integran, su lenguaje, formas de gobierno, interacciones con otros habitantes del territorio, tipos de vivienda, comportamientos sociales y familiares, vestimenta, prácticas de caza y pesca, medicinales y guerreras, ritos festivos relacionados con distintas etapas de la vida (nacimiento, pubertad, etc.) y funerarios.

Como en todo sus trabajos, Azara cuida de corroborar los datos con sus propias observaciones. Muy raramente anota informaciones que conoce sólo por referencias, si las juzga importantes y considera su fuente confiable, declarando siempre su procedencia. Como consecuencia, algunos de los aspectos mencionados (situación geográfica, aspecto físico,

lenguaje, etc.) aparecen, casi sistemáticamente, en todas sus descripciones y otros, más difíciles de comprobar, son incluidos con más irregularidad.

En el capítulo XI, escribe consideraciones generales sobre los indígenas que viven libremente y conservan sus costumbres ancestrales, muchas de las cuales explica detalladamente. Señala que todas las naciones que describe estaban a la llegada de los españoles, y aún lo están, “compuestas de individuos que vivían de la caza, de la pesca y de la agricultura, y ninguna llevaba vida pastoril porque los cuadrúpedos y aves domésticas les eran del todo desconocidos” (Azara, *Viajes*, vol II: 91). A continuación, establece un vínculo entre los medios de subsistencia y las características y comportamientos de los individuos, al decir que las naciones cazadoras eran las de “mayor estatura” y “bellas proporciones” además de “las más errantes, holgazanas, fuertes, soberbias e indómitas”; las pescadoras eran un poco “menos errantes” y “algo más bajas pero también guerreras, fuertes, indómitas, y más ágiles, astutas y pérfidas”, siendo las agricultoras “las menos andariegas, las más bondadosas y pacíficas. Entre estas últimas –agrega– hay algunas de buena estatura, pero también otras que son las más bajas, feas y en todo las más pusilánimes y despreciables” (Azara, *Descripción*: 161).

Si consideramos que para el pensamiento ilustrado, “la sociedad se concibe como superación de la barbarie primitiva de los atrasados grupos de cazadores y pescadores que vivían en comunión con la naturaleza” porque la evolución del hombre consiste en un ascenso continuo que lo separa del orden primitivo aumentando, a la vez, su dominio sobre el mundo físico (Urteaga, 1987: 29), el último comentario de Azara resulta desorientador y más aún teniendo en cuenta que no constituye un episodio aislado. Recurrentemente, Azara elogia a las naciones cuyos hombres se ocupan únicamente de la caza y las actividades bélicas, poniendo continuamente a prueba su coraje al enfrentar peligros y animales feroces, en detrimento de aquellas en las que los hombres viven pacíficamente, dedicados a la agricultura o la cría de algún tipo de ganado.

Dispuesto a encarar el segmento antropológico de su trabajo tan metódicamente como el resto del mismo, clasifica los distintos grupos étnicos, a los que denomina “naciones”, teniendo en cuenta su ubicación, características y costumbres. Define su concepto puntualizando que llamará “nación a cualquiera congregación de indios que tengan el mismo espíritu, formas y costumbres, con idioma propio...” (Azara, *Descripción*: 100), sin tener en cuenta el número de individuos que la constituyan “porque esto no es carácter nacional”. Aclara que para asegurarse de “la diversidad de idiomas y de naciones” se valió de “indios y de españoles que entendían las lenguas *albaya*, *payaguá* y otras, o que habían tratado con muchas naciones” (Azara, *Descripción*: 100).

Justifica su interés por conocer a los aborígenes y su determinación de preservar y transmitir ese conocimiento, aclarando :

Aunque el hombre sea incomprensible y más el indio silvestre, porque no escribe, habla muy poco en idioma desconocido [...] y porque no opera sino lo que le ordenan las pocas necesidades que experimenta: con todo como el indio por más bárbaro que sea, es la parte principal y más interesante de América, creo deber poner aquí algunas observaciones que hice sobre bastantes naciones de indios silvestres o libres que no están, ni jamás han estado sujetas a los españoles, ni a ningún imperio. (Azara, *Descripción*: 99)

Se propone aportar informaciones tanto sobre aquellas naciones existentes como sobre las que no llegó a conocer y así lo indica en el capítulo X:

He vivido largas temporadas con algunas de aquellas naciones y con otras menos: aun hablaré [...] de algunas que no he visto, valiéndome de las mejores noticias que pude procurarme. De modo que me he propuesto hacer saber el número y la situación de casi todas las naciones que hay y ha habido en aquel país... (Azara, *Descripción*: 99)

Toma esta decisión al comprobar que las relaciones “hechas por los conquistadores, multiplican el número de naciones y de indios, con la idea de dar esplendor a sus hazañas“ y que los historiadores, por su parte, han reproducido estos errores omitiendo, además, “describir aquellas naciones” (Azara, *Descripción*: 99).

En general, Azara representa a los autóctonos, en lo que a la constitución física se refiere, de manera positiva, y especialmente a aquellos de sexo masculino. En su opinión, “todos los indios silvestres son muy robustos, gozan de salud perfecta y no padecen enfermedad particular” (Azara, *Descripción*: 148). El aspecto físico de los individuos es una de las características más importantes, que aparece en la descripción de cada grupo y se centra, sobre todo, en la talla y proporciones corporales, el color de la piel (y a veces de los ojos), el pelo (cabello, barba, etc.) y los órganos sexuales (Alfageme Ortells et al., 1987: 80-81). Azara nos presenta una de sus etnias diciendo:

Regulo la estatura media de los *Charrúas*²¹ una pulgada superior a la española; pero los individuos son más igualados, derechos y bien proporcionados, sin que entre ellos haya contrahecho o defectuoso, ni que peque en gordo ni en flaco. Son altivos, soberbios y feroces; llevan la cabeza derecha, la frente erguida, y la fisonomía despejada. Su color se acerca tanto o más al negro que al blanco,

²¹ Nuestras citas hacen, generalmente, alusión a los charrúas porque es uno de los grupos más detalladamente descritos por el autor y uno de los que él toma como referencia para evitar las repeticiones innecesarias al describir otros grupos.

participando poco de lo rojo. Las facciones de la cara, varoniles y regulares; pero la nariz poco chata y estrecha entre los ojos. Estos, algo pequeños, muy relucientes, negros, nunca de otro color, ni bien abiertos. La vista y el oído doblemente perspicaces que los de los españoles. Los dientes nunca les duelen ni se les caen naturalmente [...], y siempre son blancos y bien puestos. [...]. No tienen barbas [...]. Su cabello es muy tupido, largo, lacio, grueso, negro, jamás de otro color, ni crespo, ni se les cae: solo encanece a medias en edad muy avanzada. La mano y pie algo pequeños y más bien formados que los nuestros. (Azara, *Descripción*: 104)

Las mujeres, en general, no le merecen gran consideración por su escaso apego a la limpieza. Describe sus actividades, explicando que ellas “arman y desarman los toldos, y hacen la cocina que se reduce al asado”, la mayor parte “no hilan [...], nada cultivan [...] jamás lavan su vestido, ni las manos ni cara; pero se bañan alguna vez cuando hace calor. Nunca barren el toldo; son muy puercas, huelen muy mal y también sus casas.” (Azara, *Descripción*: 106). Hay excepciones y una de ellas la constituyen las mujeres *guananas* “que diariamente barren sus casas” (Azara, *Descripción*: 133) y “son muy apreciadas, limpias y activas” (Azara, *Descripción*: 134).

Enfatiza la aptitud combativa de los charrúas (y otros grupos) cuya capacidad como guerreros, según Azara, sobrepasa holgadamente a la de los españoles por su conocimiento del territorio, su sentido de la vista mucho más desarrollado, su capacidad de observar sin ser vistos y escuchar sonidos inaudibles para los españoles, su habilidad como jinetes y como domadores de caballos y sus técnicas de combate (ataques falsos, emboscadas oportunas y fugas fingidas). Esto explica por qué “han derramado los Charrúas hasta hoy más sangre española que los ejércitos del Ynca y de Moctezuma, y sin embargo no llegan en el día a cuatrocientos varones de arma.” (Azara, *Descripción*: 103). Si no fuera porque se contentan con un solo ataque y luego parten, “quizás las campañas al Norte del Río de la Plata no estarían aun pobladas de españoles” (Azara, *Descripción*: 103).

Nuestro autor se enorgullece en destacar el valor como un carácter inherente a casi todas sus naciones, a las que “ningún europeo ha podido someter [...] aunque son muy diminutas” (Azara, *Descripción*: 126) excepto en el caso de los guaraníes quienes, a pesar de ser la nación “más numerosa y extendida del país” (Azara, *Descripción*: 122), es la única que se ha subordinado a los portugueses o españoles porque “la pusilanimidad es el carácter que más resplandece y distingue los guaraníes de las otras naciones” (Azara, *Descripción*: 126). Azara quisiera desentrañar las causas de ese comportamiento, considerando que “es cosa admirable y aun increíble si no se viese, que las naciones Mejicana, Perulera y Guaraní hayan sido las únicas dominadas en América, siendo como son las únicas enormemente extendidas e incomparablemente más numerosas que las que no han querido dejarse dominar” (Azara,

Descripción: 126). Sugiere incluso que “vendría bien hacer aquí un cotejo de las naciones de Méjico y el Perú con la guaraní, las cuales, aunque muy diferentes en idioma y en civilización, se han de parecer en otras cosas” porque han reaccionado del mismo modo frente al avasallamiento de los conquistadores (Azara, *Descripción*: 126).

Por otra parte, señala Azara, las cualidades combativas no hacen de los *charrúas* seres despiadados. Subraya el trato compasivo que dispensan a sus prisioneros, diciendo que cuando atacan a un grupo de españoles, “se arrojan como rayos, matando irremisiblemente cuanto encuentran, menos a las mujeres y a los muchachos menores de como doce años” (Azara, *Descripción*: 103). El que captura mujeres o niños “los lleva a su toldo o choza, y los agrega a su familia, para que le sirvan, dándoles de comer hasta que se casan. Entonces si es mujer se va con su marido, y si es varón forma familia y casa aparte, quedando tan libre e independiente como si fuese charrúa, y es reputado por tal” (Azara, *Descripción*: 103). Agrega que “a esto alude Rui Díaz, lib. I, cap. 3, diciendo que son humanos con los cautivos” (Azara, *Descripción*: 103).

Azara presenta otro ejemplo de la naturaleza compasiva de estos pueblos al referirse a un tipo de esclavitud que los *albayas* ejercen sobre los *guanás* y que comenta así:

Al arribo de los primeros españoles, iban como hoy, voluntariamente porciones grandes de *guanás* a incorporarse con los *albayas*, para cultivarles la tierra y servirles en traer leña, guisar, armar los toldos o casas, cuidar de los caballos, y en lo que les mandan, sin más estipendio que la comida [...] los *albayas* les mandan pocas cosas, [...] y dividen con los *guanás* cuanto tienen [...]. Yo he visto que un *albaya* quería abrigarse con su manta, y viendo que se abrigaba con ella su esclavo, ni aun insinuó que la quería. (Azara, *Descripción*: 135)

En *Viajes por la América Meridional* cierra su comentario con una dura crítica dirigida a Europa: “Es cierto que los *albayas* quieren mucho a todos sus esclavos; jamás les mandan de modo imperioso, nunca les riñen, ni los castigan, ni los venden [...] ¡Qué contraste con el trato que los europeos dan a los africanos!” (Azara, *Viajes*, vol. II: 59-60).

No titubea en asumir la defensa de los indígenas desvirtuando los relatos fantasiosos y las críticas de algunos historiadores, señalando que “la mayor parte de las relaciones e historias” aseguran que “casi todas las citadas naciones eran antropófagas y que en la guerra usaban flechas envenenadas”, afirmación totalmente falsa porque ninguno de esos grupos “come hoy carne humana, ni conoce tal veneno, ni conserva tradición de uno ni otro” a pesar de que “en nada han alterado sus otras costumbres antiguas” (Azara, *Descripción*: 99). Respalda sus afirmaciones diciendo que “Los Charrúas mataron a Juan Díaz de Solís, primer descubridor del Río de la Plata, sin comerle como dice equivocadamente Lozano [...]” (Azara, *Descripción*: 100). Tampoco es

cierto, según él, lo que escribe Martín del Barco Centenera, en su canto 10, acerca de que “desollaban la cara a los enemigos muertos, y que por cada uno se daban una cuchillada” (Azara, *Descripción*: 103).

Es posible observar, incluso, que “su acercamiento a los indios no está exento de afecto” (Alfageme Ortells et al., 1987: 85-86), como se aprecia en sus comentarios a propósito de la casi extinción de los *guaicurús*, causado por la “costumbre bárbara adoptada por sus mujeres que se hacían abortar y sólo conservaban a su último hijo” (Azara, *Viajes*, vol. II: 78). Su aflicción es evidente cuando exclama: “¡Qué lástima ver exterminarse así, por sí mismas, las naciones de mayor talla, las más fuertes, mejor proporcionadas y más bellas que haya en el mundo! Lo más doloroso es que yo no veo posibilidad de poner remedio...” (Azara, *Viajes*, vol. II: 78).

Aunque el estudio de los habitantes del cono sur americano constituye un importante legado de la obra azariana, las interpretaciones del autor le han merecido ciertas críticas. Algunos autores piensan, como lo manifiesta Andrés Galera Gómez, que “el indígena es para Azara un hombre cercano a las formas animales con las que convive” (Galera Gómez, 1990: 25). Galera Gómez respalda sus palabras con una cita extraída del capítulo XI de *Viajes*, en la que Azara explica extensamente el debate sobre los orígenes del hombre americano y desarrolla diversas teorías que intentaban aclararlo. Expresa que los primeros españoles no creían que el hombre americano tuviera el mismo origen que el europeo, sino que se trataba más bien de una especie intermedia entre el hombre y el animal que, aunque semejante físicamente, no poseía la inteligencia ni comprensión suficientes para entender y practicar la religión (Azara, *Viajes*, vol. II: 98). Azara continúa diciendo que, seguramente, los que “tomaron a los indios como simples animales” debieron compararlos con éstos y encontrarlos semejantes:

[...] por la delicadeza de su oído, por la blancura, limpieza y disposición regular de sus dientes; en que no hacen uso de la palabra sino rara vez; en que nunca ríen a carcajadas; en que los dos sexos se unen sin preámbulos ni ceremonias; en que las mujeres dan a luz fácilmente y sin ninguna consecuencia enojosa; en que gozan en todo de entera libertad; en que no reconocen ni superioridad ni autoridad; [...] en que no conocen ni juegos ni danzas, ni cantos, ni instrumentos de música; en que soportan pacientemente la intemperie del cielo y el hambre; en que no beben más que antes o después de la comida, pero nunca mientras comen; [...] en que no saben lavarse ni limpiarse, ni coser; en que no dan instrucción ninguna a sus hijos y algunas naciones matan a los suyos; en que no se ocupan del pasado ni del porvenir; en que mueren sin inquietud por la suerte de sus hijos y mujeres y de cuanto dejan en el mundo, y finalmente, en que no conocen religión ni divinidad de ninguna especie. (Azara, *Viajes*, vol. II: 102)

Aún aceptando que Azara encuentre similitudes entre los animales y el hombre americano, esto no significa necesariamente una expresión de desprecio por su degradación. No olvidemos que, aunque estima y añora el mundo civilizado, también reconoce que tiene sus desventajas como lo demuestra al explicar que, debido al reducido número de individuos que constituyen sus naciones, estas “no han padecido las alteraciones que engendra la muchedumbre en todas las sociedades” (Azara, *Descripción*: 161). En realidad, la representación azariana del hombre sudamericano, más que emparentar al autóctono con los animales nos hace pensar que Azara describe al indígena mediante una construcción tópica que afianza la imagen de la humanidad americana como representante de una nueva Edad de Oro en la que el hombre vive en plena armonía con la naturaleza y recuerda vivamente los textos de Colón o de Pedro Mártir de Anglería (Gómez Moriana, 1990: 61).

Para Azara, todas las características y hábitos mencionados sirven también para distinguir al indígena del hombre europeo, del que el nativo difiere además:

[...]en la superior estatura, igualdad de individuos y elegancia de las formas de muchas naciones [...]: en el color y no tener barbas; en el poco vello y cabello más espeso, firme, largo, grueso, lacio, nunca crespo, y siempre negro: en los ojos más pequeños nunca bien abiertos, y siempre negros y relucientes: en la vista y oído muy superiores: en los dientes más firmes en un país donde se les caen mucho a los españoles: en ser más flemáticos, menos risibles e irascibles, y manifestar menos sus pasiones al exterior: en no gritar ni tener voz gruesa ni sonora: en la menor sensibilidad y aun fecundidad. (Azara, *Descripción*: 163)

Si la filosofía de Azara se sustenta, como sostiene Galera Gómez, en la convicción de que “los organismos tienden siempre a recuperar su forma primigenia” (Galera Gómez, 1990: 15) y que la perfección no se encuentra en el futuro sino en el pasado (remitiendo nuevamente a una Edad de Oro pretérita), las consideraciones vertidas por Azara acerca del hombre americano no deben interpretarse como un intento de crear una brecha infranqueable entre unos seres humanos evolutivamente próximos de los animales y los europeos civilizados, sino más bien como el elogio de “un grupo de hombres y mujeres cuyas cualidades antropológicas están en íntima conexión con la realidad natural a la que pertenecen, en la que viven y de la que sobreviven alejados de la artificiosidad de la sociedad civilizada” (Galera Gómez, 1990: 26). Por otra parte, Azara concluye el capítulo narrando cómo finalmente se decidió que los americanos descendían de Adán y Eva, contrariando a los que defendían la teoría de la creación simultánea de varias parejas distribuidas en distintos puntos geográficos (similar a la usada por Azara en sus suposiciones zoológicas). Azara supone que la teoría fue confirmada al ver “que de la unión de los europeos con las americanas resultaron hijos que tenían la facultad de propagarse, pues el

famoso conde de Buffon y la mayoría de los naturalistas creían que para probar la identidad de una especie basta que de la unión de un macho y una hembra nazcan individuos fecundos” (Azara, *Viajes*, vol. II: 104).

Para eliminar dudas sobre los prejuicios raciales que este obstinado aragonés pudiera alimentar, baste agregar que Azara, extrapolando sus reflexiones sobre las variaciones de color en los animales a la antropología, se aventura a desafiar la pretendida supremacía de la raza blanca, introduciendo la posibilidad de que “originariamente la pigmentación del hombre fue de color negro, a partir de la cual la *causa albina*²² habría dado lugar a la aparición de descendientes blancos, rojos, amarillos y trigueños” (Galera Gómez, 1990: 33). Su experiencia en la observación de pájaros y mamíferos demuestra “que estas mutaciones parecen más frecuentes, y por consiguiente más naturales que las del blanco y rojo en negro. Se corrobora lo mismo sabiendo que los hombres negros son más robustos y vigorosos que los blancos, indicando con esto que son de raza no degenerada” (Azara, cit. en Galera Gómez, 1990: 33) y, por eso mismo, la más cercana a la creación.

Aunque con frecuencia intente minimizar las acciones censurables de los conquistadores, esto no significa que apruebe su proceder inhumano con los pobladores de América, sino únicamente que procura evitarles críticas. Según él, las naciones de indios

[...] son tan indomables, como que ni los heroicos conquistadores pudieron sujetarlas ni adelantar nada con ellas, ni creo posible que nadie lo consiga por otro medio que el de buen trato y comercio, hasta que mezcladas con nosotros, adopten insensiblemente nuestras costumbres, lengua y religión. La fuerza podrá a la larga exterminarlas, mas no domarlas ni persuadirlas. (Azara, *Descripción*: 172)

La posición asimilacionista que adopta en el pasaje que acabamos de ver, consecuente con los planes implementados por la dinastía borbónica, no hace más que confirmar su convicción de que los autóctonos tienen la misma capacidad de aprendizaje que los europeos sin contar con que, físicamente, no exhiben diferencias muy notorias como ha podido comprobarse, por ejemplo, en el caso de los indígenas que se refugiaron junto a los españoles, del ataque de

²² Azara, en total discrepancia con Buffon, niega que la causa de las variaciones de color se deba a influencias climáticas afirmando, en cambio, que “es mucho más sencillo, probable y natural que de dos individuos comunes nazca uno de otro color que se perpetúe; pues esto es cosa que se ve acaecer en muchos y diversos climas, y en el mismo de diversos modos”. Para él, la causa de este cambio es una alteración fisiológica accidental y pasajera, vinculada a la madre, a la que denomina albina (Azara, cit. en Galera Gómez). Esta no altera las formas ni las proporciones; tampoco disminuye la fecundidad (Azara, *Viajes*, vol. I: 224).

otros grupos, y se mezclaron con ellos “de modo que casi todos pasan hoy por tales” (Azara, *Descripción*: 110-111).

No opone objeciones a la unión entre las diferentes razas que habitan el territorio, opinando que “no solo las especies se mejoran con las mezclas, sino también que la europea es más inalterable que la india [y otras], pues a la larga desaparece esta y prevalece con ventajas aquella” (Azara, *Descripción*: 192). Así, por ejemplo, los mestizos “son muy astutos, sagaces, activos, de luces más claras, de mayor estatura, de formas más elegantes, y aun más blancos, no solo que los criollos o hijos de español y española en América, sino también que los españoles de Europa”, en tanto que los mulatos son “la gente más ágil, activa, robusta, vigorosa, de mayor talento, viveza y travesura” (Azara, *Descripción*: 193).

Concepción Alfageme Ortells compara las observaciones de Azara y las que aparecen en las *Noticias americanas. Entretenimientos físico-históricos*, de Antonio de Ulloa, publicada en Madrid, en 1792, concluyendo que, mientras los datos coinciden de manera sorprendente, existe una total divergencia de opiniones entre ambos autores. Mientras que Azara abunda en comentarios admirativos respecto a los indios y se muestra respetuoso de sus costumbres, aunque a veces lamenta aquellas que encuentra más crueles, Ulloa comenta los mismos hechos con palabras más ofensivas (borrachos, traidores, irracionales), dejando translucir una constante desconfianza hacia el indio (Alfageme Ortells et al., 1987: 94). Una conclusión similar resultaría de cotejar los textos de Azara con los de otros autores como, por ejemplo, *El lazarillo de ciegos caminantes*, de Alonso Carrió de la Vandra, cuyo retrato de los indígenas es totalmente negativo sea cual fuere el aspecto considerado.

El extranjero maravillado ante la naturaleza

La consideración estética del paisaje no es prioritaria en la literatura de la Ilustración, obsesionada por los principios de utilidad y progreso. No obstante ello, algunas obras de finales de la centuria revelan una “progresiva toma de conciencia de la dimensión subjetiva y estética en la contemplación del territorio” (Urteaga, 1987: 177). Desde la típica visión de un ilustrado, “el paisaje bello es el paisaje humanizado, el terreno ‘hermoseado’ por la acción del hombre. El monte cultivado o los campos labrados son más sugerentes que la naturaleza virgen. El paisaje abrupto resulta indeseable. Estamos, pues, bien lejos de la sensibilidad romántica” (Urteaga, 1987: 181).

Félix de Azara es un viajero ilustrado que, al llegar a Sudamérica, se encuentra confrontado a extensiones nunca vistas y a una naturaleza exuberante y plena de vigor. Es cierto que en varias ocasiones se lamenta de su soledad en esos inmensos desiertos donde no tiene nadie con quien intercambiar impresiones o conocimientos, pero son más numerosas las veces en que, a través de sus escritos, se lo descubre impresionado por las manifestaciones de una naturaleza sin par. En el capítulo IV de la *Descripción*, cuando habla de los principales ríos, advierte:

No extrañaría que me dijese había en el antiguo mundo despeñaderos de agua tanto o más empinados, pero no se hallarán comparables a los descritos, atendidas todas sus circunstancias. En la América es donde se han de buscar los términos, si se quiere hacer el cotejo; porque allí las sierras, los valles, llanuras, ríos, cataratas y todo, son tan grandes, que en su parangón las mismas cosas en Europa deben reputarse miniaturas y muñecos. (Azara, *Descripción*: 32) [Negrilla nuestra]

En su opinión, tampoco existe punto de comparación en América del Norte porque luego de confrontar datos sobre altura, caudal, pendiente, etc. de las cataratas del río Niágara en textos de diferentes autores, concluye diciendo que posiblemente ellas superen en ciertos aspectos a algunas cascadas que él visitó “pero nada es comparable a lo magnífico de la del Paraná” (Azara, *Descripción*: 32), a la que “llaman *Salto de Canendiyu* por un cacique que encontraron allí los primeros españoles, y *Salto de Guairá* por la inmediación a la provincia de este nombre. [...] Es un espantoso despeñadero de agua digno de que le describiesen Virgilio y Homero”, ubicado en el río Paraná, “que tiene allí mucho fondo y 4900 varas de Castilla de anchura medida [...] y que seguramente contiene más agua que muchos juntos de los mayores de Europa” (Azara, *Descripción*: 30). A continuación, Azara describe la cascada de esta manera:

La citada anchura se reduce repentinamente a un solo portillo o canal de 70 varas, por donde entran todas las aguas precipitándose con furia desesperada, como si quisiesen lo que solo ellas podrían intentar con sus enormes masa y velocidad, esto es, dislocar el centro de la tierra y ocasionar la mutación que observan los astrónomos en su eje. Pero no caen las aguas verticalmente como por un balcón o ventana, sino por un plano inclinado 50 grados al horizonte [...]. Los vapores o rocío que se eleva del choque de las aguas contra los muros de roca tajada, y contra algunos peñascos que hay en la misma canal del precipicio se ven en forma de columna de muchas leguas, y [...] forman con el Sol muchos arcos iris vivísimos y trepidantes al compás de la tierra, que se siente temblar bajo de los pies. Los mismos vapores y espumas ocasionan una eterna y copiosa lluvia en los contornos. El ruido se oye de seis leguas, y en las inmediaciones no se encuentra ningún pájaro ni cuadrúpedo. (Azara, *Descripción*: 30)

Estas líneas hablan por sí solas de la emoción y el asombro que suscita en el viajero la imponente catarata de *Canendiyú* o salto del *Guairá*. La visión de un espectáculo tan impresionante inunda su espíritu de sensaciones dispares que infunden mayor expresividad a su escritura, convirtiendo su habitual estilo sencillo y directo en un lenguaje enriquecido estéticamente. Aún así, existen notables diferencias entre la sensibilidad que más tarde mostrará Alexander von Humboldt ante el paisaje y la prosa de Félix de Azara, henchida de términos que realzan, sobre todo, el poder extraordinario de los fenómenos naturales.

Lamentablemente, las predicciones de Azara sobre la transformación del medio natural por parte del hombre se han hecho realidad y aquel “salto prodigioso” que lo hiciera expresarse con tanta elocuencia ha sido reemplazado, a finales de la década del setenta, por la represa de Itaipú (Ocampos Caballero, 1999: 163).

En el ámbito de la zoología, ciertos animales llamaron poderosamente la atención de nuestro perseverante observador. Uno de ellos es un vigoroso mamífero, el *yaguareté*, que Azara considera “la fiera más formidable de América” (Azara, *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos*: 108). De ese felino nos dice que:

Es imposible de domesticar y acaso sea más fuerte y feroz que el león, porque no sólo mata a todo animal, sea el que sea, sino que además tiene bastante fuerza para arrastrar un caballo y un toro entero hasta el bosque donde lo quiere devorar, y también atraviesa a nado cargado con su presa un gran río, como yo lo he visto. (Azara, *Viajes*, vol. I: 166)

Para evitar malentendidos y que su interés en destacar el vigor del animal lo haga ver como sanguinario, puntualiza que el *yaguareté* “no mata más que cuando tiene hambre, y satisfecho su apetito deja pasar sin tocarla a cualquier especie de animal” (Azara, *Viajes*, vol. I: 166). Argumenta también, para rebatir las afirmaciones de otros naturalistas europeos, que el felino “no huye, según dice Buffon, por noticias, de un tizon; pues saca la carne del asador, y estos días se llevó un hombre de entre muchos, que despiertos y hablando, rodeaban una grande fogata. Ni basta un perro, según dicen Herrera y Mafee para cazarlo, ni cien perros juntos le matarían...” (Azara, *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos*: 108).

A partir de estos ejemplos comprobamos que no es el individuo cerebral y formado dentro de los parámetros ilustrados el que se siente impresionado frente a una naturaleza en estado virgen, ante una imponente cascada o un poderoso felino que no representan una utilidad inmediata a su país sino que constituyen obstáculos a los planes de aprovechamiento y progreso de la región. El que los aprecia es un Azara sensible y dispuesto a ampliar su campo visual para

incluir en su valoración elementos o cualidades no comprendidas dentro de su estructurada posición oficial.

La defensa de América

Como se puede comprobar en los pasajes que acabamos de citar y en muchos otros diseminados en toda su obra, Azara se erige frecuentemente en defensor del continente americano, de sus habitantes y de las especies biológicas originarias del amplio territorio reconocido en sus expediciones. Adopta esta actitud, en respuesta a una corriente crítica, surgida en el siglo XVIII, que propugna la inferioridad de América, en conformidad con las interpretaciones de Buffon y Cornelius de Pauw²³, que desencadena lo que Gerbi ha denominado “la disputa del Nuevo Mundo”. La tesis, “fundada en estrictas consideraciones naturalistas, atribuía al clima y a la desusada humedad del mundo americano una serie de consecuencias degenerativas” (Goic, 1988: 475) que hacían que todos los seres vivos del Nuevo Continente fueran inferiores a los europeos y, además, sufrieran un proceso de decadencia. Se pretendía que las condiciones atmosféricas, al ejercer su influencia sobre los seres humanos, hacían de los indios seres “intelectualmente inferiores y físicamente degenerados” y de los criollos “herederos degradados de sus progenitores españoles” (Goic, 1988: 475).

Buffon, al comparar los mamíferos del Antiguo y del Nuevo Mundo, adjudica gran importancia al tamaño de los mismos. En efecto, el que una especie alcance dimensiones considerables le confiere ventajas que favorecen la supervivencia, otorgándole mayor vigor y resistencia a los factores ambientales nocivos. El naturalista francés, en su *Histoire naturelle* (1749-1788), hace hincapié en la inferioridad de las especies americanas, resaltando la ausencia de grandes mamíferos en el subcontinente. Más tarde, en *Les époques de la Terre* (1779), se retracta, argumentando que América era un mundo aún joven e inmaduro en el que las especies no habían tenido el tiempo suficiente para evolucionar (Vergara, 2001). En franca discrepancia con su ilustre contemporáneo, Azara asume enérgicamente la defensa de sus especies sudamericanas, diciendo:

²³ Cornelius de Pauw (1739, Amsterdam - 1799, Xantem): escritor y filósofo holandés cuyas obras suscitaron controversias en el siglo XVIII, por la novedad y atrevimiento de las ideas que proponía. De Pauw expone sus teorías acerca del continente americano en *Recherches philosophiques sur les Américains* o *Mémoires intéressants pour servir à l'histoire de l'espèce humaine* acompañada por una *Dissertation sur l'Amérique & les Américains* (Berlín, 1768-1769) y en *Défense de Recherches philosophiques sur les Américains* (1770).

Parece que algunas personas creen que el continente americano no sólo disminuye el tamaño de los animales, sino que además es incapaz de producirlos de la talla de los del antiguo mundo. En cuanto a mí, observo que mi *jagueté* es el más fuerte de toda la familia de los gatos y que no cede a ningún otro por el tamaño; que mis tres primeros ciervos [el *guazú-puco*, el *guazú-ti* y el *guazú-pitá*] no ceden ni a los ciervos ni a los corzos de Europa; ni el *aguará-guazú* al lobo ni al chacal, ni el *aguarachay* a la zorra, ni el *tapití* al conejo, ni los ratones a los de España. Si los monos que describo no se aproximan a los africanos ni los curés al jabalí, en cambio mis hurones exceden a los de África, así como las martas y las fuinas. La nutria no es inferior a la de Europa, ni la vizcacha a la marmota, ni los tatuejos a los pangolines, ni el toro de Montevideo al de Salamanca. (Azara, *Viajes*, vol. I: 216)

Continúa Azara, orgullosamente, haciendo referencia a los fósiles de mamíferos que habitaron esas tierras australes en el período terciario, que nada tenían que envidiarles en tamaño a los animales de otros continentes (y, sin embargo, extinguidos a pesar de su gran tamaño y de los caparazones óseos que les servían de defensa) y a sus descendientes actuales, el *tatuejo gigante*, el *yurumí* y el *capibara*, mucho más pequeños que sus antepasados desaparecidos (Vergara, 2001). Hace notar que:

Si no se encuentra en América un animal comparable al elefante, no se encuentra tampoco en el antiguo mundo otros que teniendo la dentición y boca del conejo sean del tamaño del *capibara* y del *pay*. Además de esto, se ha encontrado con frecuencia, en el interior de las tierras de la provincia del Río de la Plata, osamentas de cuadrúpedos que disputan el tamaño al coloso asiático. (Azara, *Viajes*, vol. I: 217)

También las aves, a las que dedicó sus primeros esfuerzos de naturalista aficionado, necesitan del alegato de Azara frente a las opiniones de Buffon, quien consideraba que en América no había pájaros cantores. Azara, autor de la primera obra ornitológica de la región, responde que “si se eligiese un coro de cantores del viejo continente y se comparara con otro de igual número de aquí tal vez se disputaría la victoria” (Azara, cit. en Pereyra, 1945: 12).

En su defensa global de América, no olvida asumir también la del hombre sudamericano, al que describe en términos que contrastan abiertamente con los conceptos de contemporáneos europeos, como De Pauw. Para Azara, “los charrúas, los pampas, los patagones, los aucás, los guaicurús, los lenguas, los mocobís, los mbayás, etc., [...] son las naciones de más alta talla, las más fuertes, las más poderosas y más indomables que haya en el mundo...” (Azara, *Viajes*, vol.II: 97).

El ecologista “avant la lettre”

A lo largo del siglo XVIII ya podemos detectar, de manera incipiente, la idea de que las actividades del hombre modifican la faz de la Tierra. El incesante aumento de las superficies de cultivo, la progresiva deforestación de los bosques y la introducción de nuevas técnicas de pesca para incrementar el número de capturas ilustran claramente la capacidad del hombre para explotar la naturaleza y modelar su entorno (Urteaga, 1987: 189).

Los datos recogidos por agrónomos y naturalistas abren paso a la evidencia de que el hombre es un agente geográfico de primer orden, idea que aunque pueda parecer hoy de gran simplicidad introducía, en esa época, “dos significativas modificaciones en las creencias tradicionales sobre el mundo físico”: primero, que la Tierra estuviera sometida a cambios en lugar de permanecer fija y estática como pretendía la tradición; segundo, que los responsables de tales cambios, no fuesen sólo los fenómenos físicos o atmosféricos, sino también la sociedad (Urteaga, 1987: 189).

Ambas creencias fueron aceptadas sin mayores reticencias dado que las concepciones dinámicas eran la culminación lógica de las sucesivas modificaciones incorporadas a la teoría de la Tierra desde la época renacentista y la idea del ser humano como agente geográfico se incorpora a la literatura ilustrada bajo la convicción optimista de que “el hombre ‘recrea’ la tierra, domeñando con su trabajo las resistencias de la naturaleza a rendirle sus frutos y aumentando incesantemente la producción de todo tipo de bienes” (Urteaga, 1987: 189).

Esta expresión, la más característica y mejor conocida de la “fe en el progreso” del Siglo de las Luces, tuvo su correlato pesimista en la voz de un reducido grupo de ilustrados españoles que creyeron ver en dicho accionar el riesgo de que la sociedad humana pudiera causar efectos indeseables en la naturaleza. A esto se reduce, poco más o menos, el núcleo de ideas conservacionistas de la centuria ilustrada: la conciencia de que los frutos de la naturaleza podían ser limitados y que era necesario realizar una explotación controlada, especialmente de los recursos forestales y pesqueros (Urteaga, 1987: 190). Pese a la existencia de hechos que hubieran permitido abonar las razones conservacionistas, el exiguo número y aislamiento de las voces, la discontinuidad de las ideas y la fragilidad de sus conceptos impidió la articulación de argumentos que pudieran enfrentar con éxito la pervivencia del antropocentrismo, tanto en su versión teológica, que considera que la Tierra ha sido creada al servicio del hombre, como en la versión profana que provee la Ilustración y se apoya en el mito de la infinitud de los recursos naturales adoptada por el pensamiento económico setentista. Por otra parte, el carácter descriptivo y

taxonómico de la historia natural “era poco apto para explicar el funcionamiento de sistemas naturales complejos y detectar el impacto de la acción humana sobre ellos” (Urteaga, 1987: 191).

Mientras esto sucede en España, Azara se encuentra alejado de los vaivenes intelectuales de la península, internándose en un continente agreste y desbordante de las más diversas manifestaciones de vida, donde la protección de los recursos naturales es un concepto exento de significación tanto para los nativos como para la burocracia española claramente instruida en observar la naturaleza en términos de rentabilidad económica.

Una vez más descubrimos en Azara un comportamiento singular cuando manifiesta un especial interés en la conservación del medio ambiente. Sus continuos desplazamientos le permiten apreciar la abundancia y variedad de riquezas naturales de las tierras que transita al mismo tiempo que le brindan la posibilidad de observar notables diferencias entre las tierras vírgenes y las que ya han sido ocupadas por el hombre. Es probable que su sensibilización frente a ciertos fenómenos, como el de la deforestación, sea anterior a su contacto con la naturaleza del Nuevo Continente y haya nacido en su patria en donde, poco antes de iniciar su aventura americana, había sido nombrado miembro de la Sociedad Económica Aragonesa, pero no disponemos de ningún dato que apoye esta presunción. De todos modos, y aún tomando en consideración que su preocupación conservacionista hubiese germinado en España, la reflexión que Azara desarrolla en torno a la naturaleza americana sobrepasa el débil y efímero discurso español sobre la conservación de ciertos recursos explotables (acallados por la crisis científica y cultural de principios del siglo XIX y el reforzamiento de las tesis progresistas con la euforia tecnológica del nuevo siglo). Su inquietud por analizar las relaciones de los seres vivos entre sí y con su entorno o las interacciones entre los grupos humanos y su ambiente, tanto físico como social, así como el imperioso deseo de asegurar la defensa y protección de la naturaleza y del medio ambiente enlazan su reflexión con el discurso ecologista actual, aunque tengamos conciencia de que la ecología, como disciplina científica, aparecería mucho tiempo después. Azara se da cuenta de que el hombre, sin llegar al extremo de extinguir una especie, puede modificar la naturaleza de muchas y diversas maneras, que no únicamente el hombre sino también los animales pueden convertirse en agentes transformadores del medio ambiente, que existe un equilibrio natural en cuya conservación cada uno de los seres vivos tiene un papel fundamental, etc.

En sus textos explica que, como consecuencia del relieve y el clima, la vegetación se distribuye de manera irregular, constatándose que, mientras en el norte hay abundancia de bosques que abrigan una gran diversidad de árboles, desde el Río de la Plata hasta el Estrecho de Magallanes sólo se encuentran “en raros parajes de la campaña, algunas listas o manchas de

algarrobos y espinillos claros” (Azara, *Descripción*: 43). La escasez de leña hace que se corten los árboles que pueblan las orillas de los arroyos tributarios del Río de la Plata, los que crecen en las islas o a orillas de los ríos Paraná y Uruguay para quemar (sobre todo en los hornos de ladrillos), teniendo que recurrir a las maderas del Paraguay y las misiones jesuíticas para construir “edificios, carretas y embarcaciones” (Azara, *Descripción*: 43).

Nuestro conservacionista se inquieta porque “la población va exterminando los bosques” (Azara, *Descripción*: 43) con la tala excesiva de árboles o como consecuencia de incendios provocados. Ya en su primer viaje, desde Santa Fe a Asunción, observa los bosques de algarrobos que bordean el río, destruidos en parte, y escribe en su diario: “Donde viven hombres, ni árboles, plantas ni animales quedan” (Azara, *Viajes inéditos*: 32).

Hace notar que la presencia humana transforma también la vegetación de los campos sin bosques, de diversas maneras. Según él, el establecimiento del hombre favorece la proliferación de malezas, por lo que afirma: “He observado mil veces, que en cualquiera desierto donde el hombre se establezca, nacen al año, alrededor de su choza, malvas, ortigas, abrojos comunes y otras varias plantas que no había visto a treinta leguas en contorno” (Azara, *Descripción*: 42).

Y lo mismo ocurre en los caminos que el ser humano frecuenta o en los huertos que cultiva. Pero no sólo el hombre degrada la naturaleza. Azara repara también en que el ganado produce transformaciones en los campos, lo que es fácilmente comprobable, “porque en las estancias o dehesas pobladas algunos años de ganados mayores y de pastores, se exterminan aquellos pastos altos y los pajonales, y nace la grama común y un abrojo achaparrado de hoja muy menuda. El ganado lanar abrevia el exterminio de toda planta elevada, y fomenta la grama” (Azara, *Descripción*: 42).

En el espacio dedicado a los indios *pampas*, Azara hace un resumen que pone en evidencia las interacciones de los hombres, extranjeros y autóctonos, y su influencia sobre las costumbres y el medio ambiente. Cuenta que, en un principio, los *pampas* disputaron “con admirable constancia y valor el terreno a los fundadores de Buenos Aires”, pero luego de la segunda fundación de la ciudad, se retiraron hacia el sur, a vivir de la caza. “Poco después se multiplicaron y extendieron mucho los caballos silvestres” y los *pampas* comenzaron a alimentarse con ellos. Las vacas, que los indios no comían, no tardaron en reproducirse y extenderse en un amplio territorio. Los indios chilenos, persiguiendo el ganado, trabaron amistad con los *pampas* que ya tenían muchos y buenos caballos. Juntos se dedicaron al comercio, imitados por los españoles de las ciudades de Córdoba, Mendoza y Buenos Aires, quienes “hicieron muchos destrozos en los mismos ganados vacunos, para vender sus pieles y sebo. [...] Así se exterminaron las vacas silvestres” y los indios comenzaron a asolar las estancias españolas

para obtener más reses. “No se limitaban a robar, sino que quemaban las casas campestres y mataban a los varones adultos”, llevándose a las mujeres y a los niños. “Esta situación obligó a la ciudad de Buenos Aires a [...] cubrir su frontera con once fuertes guarnecidos de artillería y de setecientos veteranos de caballería, sin contar las milicias” (Azara, *Descripción*: 114-115). Como acabamos de ver, la llegada de los españoles al Río de la Plata, y su introducción de ganado equino y vacuno, produce una serie de cambios que se encadenan hasta transformar significativamente el hábitat y las costumbres de los moradores de la pampa.

El concepto de progreso se halla profundamente anclado en el ideario de la Ilustración y para quienes lo encarnan la naturaleza es vista como un obstáculo a la expansión productiva de la sociedad. Urteaga observa que “en la cultura española, esta visión progresista de la naturaleza tiene una formulación paradigmática en la obra de pensadores tan importantes como Jovellanos o el Conde de Cabarrús” (Urteaga, 1987: 29-30).

Félix de Azara podría ser el más acérrimo opositor de la naturaleza, y muy justificadamente, luego de verse confrontado a diario, durante tantos años, a los contratiempos que le procura un universo salvaje muchas veces jamás hollado por el hombre y forzado a medir sus fuerzas con animales feroces, insectos o fenómenos naturales. No obstante, se erige en un invalorable defensor y en el mayor promotor de su conocimiento.

Una de las grandes inquietudes de Azara radica en preservar la biodiversidad, aunque no fuera ésta, por supuesto, la palabra que él utilizara para identificar sus deseos de salvaguardar el patrimonio natural y, tal vez ni siquiera se apercibiera de que, en su afán de proteger hasta los más pequeños signos de vida americana, estaba dando origen a una preocupación que habría de desarrollarse mucho más tarde. En el capítulo V de la *Descripción...*, habla de la costumbre de quemar los pastos:

Cuando las plantas están ya duras y sequizas, las pegan fuego para que retoñen y las coman tiernas los ganados; pero sin duda perecen así las plantas más delicadas y se queman las semillas disminuyendo las especies. Solo se detienen estas quemazones en los arroyos y caminos [...]. Como las orillas de los bosques son siempre muy cerradas y verdes, también detienen el fuego; pero quedan chamuscadas para arder en el incendio siguiente. (Azara, *Descripción*: 42)

Este hábito no perjudica únicamente la vegetación porque en estas quemas “perecen igualmente infinitos insectos, reptiles y cuadrúpedos menores” (Azara, *Descripción*: 42).

Resulta curioso que mientras recorre territorios cubiertos de la vegetación más densa y variada, habitados por innumerables especies animales, su preocupación fundamental sea

mantener el frágil equilibrio natural conservando todas las especies por pequeñas o débiles que estas sean.

Aunque el estudio de los pueblos autóctonos corresponde a la antropología (que ya fue abordada), quisiéramos incluir algunas consideraciones sobre ellos en esta sección no por considerarlos parte de la naturaleza sino porque los habitantes originarios del continente también formaban parte de ese mundo americano primigenio que Azara deseaba conservar lo más intacto posible. La prueba está en que suele afirmar, como lo hace en este caso, en sus “reflexiones sobre los indios silvestres”, que “aquellas naciones conservan por tradición y sin alteración sus vestidos y todas sus costumbres, con tal tenacidad, que a lo menos no las han mudado poco ni mucho en los tres últimos siglos, aun los que han nacido y vivido cincuenta años en la misma capital del Paraguay con los españoles” (Azara, *Descripción*: 161-162).

Aseveraciones que refutará a renglón seguido diciendo que “al tiempo de la conquista, eran estas [naciones silvestres] mucho menos errantes que hoy porque no tenían caballos ni facilidad de transportar sus armas, casas y muebles” (Azara, *Descripción*: 162).

Esta aspiración suya se contrapone al proyecto sociocultural establecido a nivel gubernamental y, por lo tanto, a su posición de funcionario de la Corona. Las últimas décadas del siglo XVIII están marcadas por un cambio en el discurso y la política de España con respecto a la población indígena americana, pasándose de un modelo de segregación a otro donde se promovían ideas y políticas de asimilación que incentivaban “la adquisición de hábitos y valores culturales españoles” (Wilde, 2003: 4-5). La oposición entre sus propias convicciones y los planes gubernamentales provocan la fluctuación del discurso azariano desde su deseo de preservación hacia los intentos de asimilación pacífica que aconseja, e incluso, pone en práctica en los proyectos colonizadores desplegados en el marco de sus misiones oficiales.